

Autor: Abilio Ayuso

LAS COMPIS

Ilustrador: Ricardo Blanco



Historia de terror, que le podría ocurrir a casi cualquiera.

+14

Jerónimo se alegró cuando a través de un familiar bien relacionado le ofrecieron la plaza de contable en aquella minúscula empresa.

Acostumbrado a trabajar bajo presión los últimos veinte años en multinacionales dispuestas a exprimir al máximo a sus empleados y donde la competencia era feroz, la nueva propuesta le parecía el paraíso.

Era como si hubieran diseñado la plaza para él, una oficina muy amplia y luminosa sólo para tres empleados situada en un edificio histórico del casco antiguo.

Estaba amueblada y provista de sistemas informáticos sin escatimar recursos, sólo había que ver las enormes pantallas de última generación que coronaban cada mesa, la suya estaba de espaldas a la pared en el centro de la estancia y las de sus dos compañeras a los lados mirando hacia él, lo cual era muy conveniente porque con sólo girar la cabeza a izquierda o derecha podía comunicar con ellas, aunque no visualmente, porque el tamaño de las pantallas de ordenador las tapaba por completo.

Para Jerónimo fue como un nuevo renacer, en lugar de tener que madrugar para conducir hasta el polígono industrial de su anterior empresa soportando la diaria caravana de vehículos, para después de una mañana estresante de trabajo comer con dos centenares de personas más en un autoservicio de comidas prefabricadas, ahora llegaba a su nuevo trabajo mediante el metro prácticamente de puerta a puerta, desayunaba en una confortable cafetería mientras hojeaba el diario de la mañana y al mediodía podía escoger el menú de cualquiera de los coquetones restaurantillos del casco antiguo, bueno, bien servido y prácticamente al mismo precio que le costaba el autoservicio del polígono.

Pronto descubrió que allí las horas extras no retribuidas eran inexistentes y que lo más normal del mundo era comenzar a recoger la mesa y apagar ordenadores cinco minutos antes de la hora señalada.

Al acabar la jornada a las cinco de la tarde podía pasear tranquilamente por las estrechas callejuelas como un turista más, descubriendo algún rincón, tiendecilla o cafetería nuevos, o dejando pasar el tiempo sentado en una de las plazoletas para finalmente comprar comida preparada para llevarse a casa en el restaurante chino o cenar directamente allí si ya era tarde.

Lo que no tenía es prisa para llegar a su casa, desde que hace años murió su perro nadie le esperaba y el trance de su muerte fue tan duro que resistió la tentación de adoptar otro.

Jerónimo no era soltero vocacional, sino forzado ya que no era ni rico ni apuesto y su timidez le impedía tratar de conseguir activamente una pareja que combatiera su soledad.

Se refugió en la literatura y la filosofía, los festivos paseaba por el campo y una vez por semana iba a que su masajista china de confianza le aliviara los músculos de la espalda y de paso la próstata, no era una mujer joven ni guapa, pero nunca pensó en cambiar porque la conocía hace años y le trataba con mucho cariño.

En cuanto a su nuevo trabajo, casi le daba risa comprobar lo sencillo que le resultaba, sin problemas, sin sorpresas de última hora ni agobios, pudiendo programarlo todo con antelación, como a él le gustaba, tampoco existía un jefe que impusiera sus dictados, los tres empleados estaban al mismo nivel a las órdenes de un comité que se reunía en la sala de juntas una vez al mes y donde pronto se reconocieron las mejoras que Jerónimo introdujo sobre el sistema obsoleto que utilizaba el anterior contable jubilado que dedicó apenas dos horas para explicarle cómo funcionaba su puesto para luego desaparecer en su retiro campestre.

En cuanto a sus compañeras, que llevaban veinte años trabajando para la empresa, eran dos cuarentonas muy seriecitas, de presencia agradable pero poco comunicativas, entraban media hora antes que él, salían media hora después y comían en el propio despacho, por tanto, Jerónimo siempre las veía en su puesto de trabajo, o mejor dicho, las adivinaba detrás de las pantallas.

Cuando intentó preguntarles alguna cosa, le solicitaron amable pero escuetamente que lo hiciera a través de un mensaje de texto ya que la comunicación oral interrumpía su ritmo de trabajo, también comprobó que tampoco hablaban entre ellas y si alguna vez al llegar hacía un comentario sobre la intensa lluvia que caía en el exterior le decían que sólo hablaban de temas personales en horas fuera del trabajo, pero como él nunca las veía en esas horas su lenguaje verbal con sus compañeras era nulo.

Jerónimo combatió dicho silencio con unos pequeños auriculares conectados a un programa de música relajante y pensando que estaba mucho peor en la enorme nave de la multinacional.

Pero todo cambió a peor la mañana en que después de cuatro horas no había percibido el menor sonido ni movimiento detrás de las pantallas, era como si sus compañeras no existieran, finalmente no pudo resistir la tentación de levantarse con la excusa de ir al lavabo y decirle a la

compañera más cercana: “Josefina, voy un momento al...” Pero la frase le quedó cortada de cuajo porque al pasar por su lado la vio girada hacia él con una sonrisa de robot enseñando la dentadura apretada casi de oreja a oreja y unos ojos abiertos al límite que le miraban fijamente.

Se quedó clavado sin saber que hacer hasta que se le ocurrió pedir ayuda a la otra compañera diciéndole: “María, mira lo que le pasa a Josefi...”, pero también se quedó a mitad de frase cuando vio que María le miraba de igual forma.

Se quedó temblando sin saber que hacer balbuceando: “¿Pero que os pasa, que tenéis?, me estáis asustando, decir algo”.

Finalmente, en un arrebato, tomó las llaves del despacho, se dirigió al encargado de seguridad del edificio y le pidió que le acompañara porque a sus compañeras les pasaba algo, al preguntarle el hombre el qué, le contestó: “Ya lo verá usted mismo”.

Pero al entrar en el departamento sus compañeras estaban en los ordenadores trabajando con toda normalidad, y cuando les preguntó sobresaltado: “¿Qué os pasaba antes?”. La que tenía más cerca respondió: “A nosotras nada, ¿Y a ti que has salido corriendo tan alterado?”.

Jerónimo tuvo una revelación, con aquella broma o lo que fuera estaban intentando hacerle pasar por un desequilibrado, pero no mordería el anzuelo, se giró al encargado de seguridad y le dijo: “Disculpe, ha sido un malentendido las he visto tan concentradas en su trabajo que pensaba que les pasaba algo malo”.

El hombre le respondió: “Si es que son unas chicas muy serias y trabajadoras”.

“Es verdad, yo estaba acostumbrado a gente más bulliciosa”.

El resto del día transcurrió con normalidad, pero al siguiente, cuando más concentrado estaba en su trabajo, levantó la vista y las encontró en la misma forma, pero esta vez en pie en ambos laterales de su mesa.

Quiso hacer como si no pasara nada, pero le fue imposible, finalmente se cerró en el lavabo donde se desahogó llorando.

Aquellas escenas se repetían con más frecuencia, Jerónimo dormía mal por las noches y se despertaba aterrado pensando si no encontraría una de aquellas horribles caras mirándole en su propia habitación.

Pensó en renunciar a su empleo, pero no era justo, después de haber encontrado un trabajo ideal en el que podría jubilarse dignamente en otros quince años.

Finalmente tuvo una inspiración y acudió a una sicóloga a la que después de contarle lo sucedido le soltó a bocajarro: “¿Usted cree que me estoy volviendo loco?”.

Ella rio y respondió: “No idiota, por la razón que sea te están haciendo un moving muy gracioso y tienes que contraatacar”.

“¿Pero cómo?, ellas siempre lo negarán todo, llevan veinte años trabajando satisfactoriamente en la empresa y yo acabo de entrar”.

“Muy fácil, tres calles más atrás hay un comercio en el que venden artículos para detectives aficionados, seguro que te pueden proporcionar material sofisticado que te permita reunir pruebas de lo que está pasando”.

No lo pensó demasiado, se acercó a dicha tienda donde el dependiente comprendió a la primera lo que necesitaba sin precisar demasiadas explicaciones: Un alfiler de corbata que contenía una minúscula cámara grabadora, una estilográfica para la misma función y un pisapapeles muy vulgar con la propaganda de una conocida marca que, una vez conectado, se activaba sólo cuando escuchaba una conversación por tenue que fuera y la grababa con toda fidelidad, asimismo el empleado le dio la tarjeta de una agencia de detectives por si acaso la precisaba.

En un alarde de inspiración le dijo al dependiente: “Hazme una factura a nombre de la empresa, mañana efectuaré la transferencia y por la tarde recogeré el material”.

De aquella forma, durante los días siguientes comenzó a grabar a sus compañeras en aquellas actitudes y además las conversaciones que tenían cuando él no estaba, así descubrió que no tenían nada de calladitas, charlaban como loros para desquitarse de las horas de silencio, sus frases eran muy jugosas: “Ya casi lo tenemos, éste no aguanta ni una semana más, o renuncia o se suicida”.

A pesar de que Jerónimo ahora estaba más seguro de sí mismo porque creía tener al fin la sartén por el mango, continuó haciendo el papel de asustadizo para que ellas pensarán que surtía efecto y no recurrieran a otros métodos.

Con todo ello compuso un dossier multimedia con una explicación detallada dirigida al comité y la solicitud de que dada la gravedad de los hechos y la pérdida de confianza que aquello representaba, se adoptaran las

medidas disciplinarias adecuadas, también añadió la consulta efectuada a un abogado laboralista cuya respuesta fue que aquello representaba despido inmediato sin indemnización.

Pero no lo entregó al comité directamente porque el despido de aquellas dos chicas que conocían todos los resortes de la oficina hubiera puesto a la empresa en una situación muy delicada y a Jerónimo no le interesaba que aquello ocurriera, en lugar de ello, una mañana a primera hora conectó a su ordenador el pentdrive con el archivo y lo pasó a sus dos compañeras al mismo tiempo.

No tardó en levantarse Josefina como movida por un resorte diciendo furiosa: “¿¡Pero qué coño es esto!?”.

Imperturbablemente y paladeando cada una de las palabras Jerónimo respondió: “Esto, que un notario pasará al comité la semana que viene, significa vuestro despido”.

“Pero... Hostia, no puedes hacer eso”.

En esta ocasión la voz de Jerónimo denotó toda la rabia que sentía y se descargó agusto: “¿¡Yo no puedo hacerlo y vosotras sí!?, ¿Os imagináis la angustia y las noches de insomnio que he sufrido?, y los antidepresivos que he tenido que tomar, os merecéis eso y mucho más”.

Aquí intervino María que intentando echar un cable a su amiga dijo: “Siempre podemos acusarle de abusos sexuales y aducir que por eso intentábamos echarle”.

En aquel instante Jerónimo tuvo otro momento de inspiración y sacando la estilográfica y la tarjeta de los detectives que había quedado guardada en el bolsillo de su chaqueta les dijo en tono triunfal: “Ahora os acabáis de complicar aún más la vida, porque esto se está transmitiendo en directo a una agencia de detectives, aunque consiguierais matarme estáis perdidas”.

En aquel momento se derrumbaron, Josefina se retiró llorando al archivo acompañada de María que no estaba mucho mejor, al cabo de un rato salieron y Josefina arrastró su silla de ruedas hasta situarla junto a la de Jerónimo, le cogió la mano y entre lágrimas y balbuceos le dijo: “Por favor, no lo hagas, llevamos veinte años aquí, sólo somos especialistas en esta empresa, tendríamos que ir de cajeras al supermercado o algo peor y más con los informes negativos del despido”.

“Perfecto, yo me tengo que apiadar de vosotras, pero ¿Quién se apiadó de mí?, ¿Quién pensó que con más de cincuenta años me sería difícil encontrar otro empleo?, ¿Qué razón tuvisteis para hacer una canallada así?”.

“No iba contra ti sino contra el comité, cuando el anterior contable anunció su jubilación solicitamos que aceptaran una amiga nuestra para el puesto y la respuesta fue indignante, dijeron que para el tema de las finanzas un hombre quedaba más serio, porque además los hombres son más estables emocionalmente y no provocan un caos cuando riñen con el novio o les viene la regla y que ésta oficina necesitaba una mano masculina porque si no seríamos las tres Marías”.

María intervino diciendo: “Ahora nos damos cuenta de que fue un error, tú no tenías ninguna culpa y te hemos hecho sufrir, te juro que si no nos denuncias haremos que te sientas muy agusto aquí, se acabarán las tonterías y los silencios y serás un compi más”.

“Me propones borrón y cuenta nueva y aquí no ha pasado nada, yo me trago lo sufrido y listo, comprenderéis que no es justo”.

“Miraremos de compensarte”.

“Eso está mejor, ¿De qué manera?”.

“No sé, ¿Hacemos una fiesta en tu honor?”.

“Eso está mejor, pero no una fiestecita y ya está, deberá ser algo épico y sin terceras personas, lo que ocurre en el despacho se queda en el despacho”.

“¿Qué sugieres?”.

“Algo sonado, el próximo fin de semana alquiláis una suite en un hotel de la costa, cena romántica discoteca y esa misma noche dejo de ser virgen”.

“¡Hostia puta!”.

“¿Lo dices por lo que implica o por enterarte de que a mis cincuenta no me he acostado con una mujer?”.

“Por las dos cosas, no es que yo sea muy recatada, pero eso de ir a echar un polvo por las buenas...”.

Josefina la cortó diciendo: “María, en principio nos lo merecemos y hasta puede ser divertido ver como se desenvuelve si nunca ha estado con una mujer, la emoción le hará pegar un gatillazo y reiremos como locas”.

“Pues hablando de eso, os encargaréis vosotras de comprar la Viagra, que a mí me da vergüenza”.

“Vale, compraremos Viagra y condones”.

“De condones nada, que me dan asco, apañaros con otros métodos”.

“¡Joder!”.

“Justo, de eso se trata”.

Las compañeras demostraron que eran expertas en relaciones sociales y eventos, la suite se hallaba en un lujoso hotel de la costa y tenía una preciosa terraza con vistas al mar, una cama inmensa, jacuzzi y todas las comodidades deseables.

La relación no fue demasiado complicada, una cena a base de marisco, un rato de discoteca, todo en el propio hotel, y un baño a trío en la inmensa bañera allanaron el camino, las compis iban lanzadas y más que Jerónimo follárselas a ellas fue al revés, aunque su vergüenza y timidez le obligó a recurrir a una buena dosis de Viagra porque no era lo mismo el suave tratamiento de su masajista china que aquellas dos fieras retozando.

Sin embargo, una vez pasado el primer sofoco, a Jerónimo se le desató toda el hambre atrasada y las dos mujeres tuvieron que hacer turnos para atender su fogosidad, sin embargo, tal como habían acordado entre ellas, ya que tenía que ser, se lo tomaron de forma positiva y llegaron a disfrutarlo, además el pobre hombre, que por primera vez en su vida estaba entre las piernas de una mujer, era tan dulce y romántico con ellas que les inspiraba un sentimiento que, aunque no fuera de amor, si era de cariño.

En el desayuno tardío del día siguiente surgieron los comentarios, Josefina le comentó a María: “Yo no tengo problema porque soy divorciada, pero tú ¿Que le has dicho a tu marido?”.

“La verdad, pero matizada, además, desde que está haciendo ese curso en Madrid no se entera de nada”.

“Y tan matizada”.

“No tanto: Dije que tenía que ir contigo para un simposio de empresa”.

“¿No hará averiguaciones?”.

“Aunque así fuera, reservé la suite a nombre de la empresa y -Escucha Jerónimo- he traído la Visa de la empresa para pagarla”.

“Uff, eso no es del todo decente”.

“Vamos a ver, en un inicio ¿Quién tiene la culpa de lo sucedido?”.

“¿Vosotras por maltratarme?”.

“No, el comité por maltratarnos y despreciarnos a nosotras, así que... Quien tenga la culpa que pague, que nosotras ya pagamos de otra forma ayer noche”.

“No te hagas la víctima, que no parecíais sufrir demasiado”.

A Josefina se le escapó una carcajada al contestar: “La verdad es que no”.

El día fue de playa, la tarde de paseo por el cercano pueblecillo costero y la siguiente noche, aunque no estaba programado repitieron, aunque no tan ardorosamente ya que según dijo María “Con cuidado o nos quedamos sin contable”.

El lunes siguiente María dijo casualmente: “Oye Josefina, yo no tengo problema porque como mujer casada tomo anticonceptivos, pero ¿Y tú?”.

“Yo no tengo la ovulación hasta la semana que viene, así que confiemos”.

“¿Y no has pensado en tomar la pastilla del día siguiente?”.

“Me da vergüenza pedirla en la farmacia, ¿A ti no te la dio pedir Viagra?”.

“No me hizo falta, rebuscando en la mesilla de mi marido vi que tenía un montón, seguro que no echa en falta un par de pastillas, además tendrá que explicarme para qué tanto stock, pero más adelante”.

A partir de aquel evento, todo rodaba como una seda en la oficina, el trabajo se alternaba con bromas y conversación, el día en que Jerónimo le hizo un chiste picante a María ésta se le acercó con aquella cara horrible y diciendo: “Uhuuuu” entre dientes, a lo que él contestó: “No me lo recuerdes, ¿Como podíais mantener esa posición?”.

“Porque nos conocimos en un curso de mímica, so panoli, luego Josefina me hizo entrar a mí en la empresa, y a Lourdes no la hemos podido incorporar por tu puta culpa”.

“Lo siento, pero no es mi puta culpa, sino del comité, además no os quejéis, que gracias a mi entrada habéis tenido un fin de semana de lujo con todos los gastos pagados, y la ingeniería contable que he tenido que hacer para diluir eso y los cacharrillos que compré para delataros”.

“¿Eso también lo paga la empresa?”.

“Pues claro, ¿De quién es la culpa?”.

“Pues es cierto, lástima que ya no tendrá utilidad”.

“Eso lo dices tú, este pisapapeles en la sala de juntas nos permitirá saber lo que hablan en el comité cuando están solitos”.

“Hostia, que genial”.

En los días siguientes todo rodaba como una seda, el hecho de que se hubieran acostado juntos les daba un gran nivel de confianza, pero a pesar de ello Jerónimo nunca se tomó ninguna libertad con las chicas, sino al contrario, en ocasiones alguna podía sentarse en sus rodillas, ponerle morritos y decir: “¿Quién será el chico guapo que les traerá bocadillos a estas nenas hambrientas?”.

El otoño comenzaba su andadura, cuando Josefina hizo rodar su silla hasta situarla en mitad de las mesas de sus dos compañeros y con voz muy seria les dijo: “Chicos, traigo noticias, y de una forma u otra os afectarán”.

Enseguida María dejó caer: “Déjame adivinar, otra mierda del comité”.

“Nada de eso, estoy preñada y voy a tenerlo, así que serás papá te guste o no”.

“Hostia, pero tú dijiste que...”.

“Que no estaba ovulando, cierto, pero se ve que tus bichos aguantaron más de lo normal”.

“¿Y lo de tenerlo?”.

“Al principio no le di importancia porque a veces se me retrasa mucho la regla pero en la segunda falta fui al ginecólogo, mi primera idea era deshacerme de él, pero cuando me lo mostró en el escáner, con el tamaño y forma de una judía y me hizo escuchar su corazoncillo latiendo a toda prisa pensé: Es mi hijo, no puedo matarlo, además tengo cuarenta y dos años, ¿Sino tengo éste cuando voy a ser madre?, pero no te preocupes, eso no te compromete a nada, diré que es de un donante anónimo y listo”.

Jerónimo quedó callado durante un buen rato pero luego respondió en voz lenta y baja: “Aunque no fuera mi intención que sucediera, de alguna forma me siento responsable, cuenta conmigo para todo lo que quieras: Ayuda física y material, declarar mi paternidad o lo que sea, al fin y al cabo, si no soy padre de éste, ¿De cual voy a ser?, aunque entenderé perfectamente que no quieras ser mi pareja ni mucho menos casarte, soy diez años mayor que

tú y como hombre ni muy guapo ni gran cosa, pero al menos acepta mi ayuda”.

Al pronunciar estas últimas frases a Jerónimo se le quebró la voz y dos lágrimas corrieron por sus mejillas, tras lo cual, Josefina se aposentó sobre sus rodillas y con voz entrecortada le contestó: “Yo no necesito un Tarzán para mi hijo, además, ¿Dónde iba a encontrar un padre más bueno que tú?”.

De cara al comité solo anunciaron el embarazo de Josefina que poco a poco fue trasladando sus cosas al piso de Jerónimo que, además de ser de propiedad quedaba mucho más céntrico y cerca de la empresa, cuando hicieron la última mudanza pudo dejar el suyo de alquiler lo cual le permitió un buen ahorro.

La primera noche Jerónimo le dijo: “Mira, he instalado tu habitación aquí, tiene buena vista y es muy soleada”.

“¿Y tú donde piensas dormir?”.

“Yo... En mi cuarto”.

“Tú eres tonto, ¿Me dejas preñada y ahora no quieres dormir conmigo?, vaya mierda de padre”.

“¡Yo sí que quiero!”.

“Pues entonces tontorrón”.

La niña fue preciosa, llevó los apellidos de los dos, pero la boda no se celebró hasta que tuvo dos años, a partir de este suceso María, tal vez contagiada de romanticismo se quedó embarazada.

La vida continuó su curso, Jerónimo fue un padre y marido excelente y por supuesto nunca se le ocurrió hacerle una prueba de paternidad a la niña, por eso nunca se enteró de que en realidad era hija de un estudiante vecino de Josefina, al que, eso sí, ella nunca volvió a ver.

Sin embargo, ella tampoco se enteró de que, a pesar de tener relaciones sexuales habitualmente con su marido, éste continuó visitando a su masajista china hasta que ella se jubiló y marchó a su país.

FIN